

DESCARTES Y LA MEDICINA

EL pensamiento general del siglo XVII es en realidad continuador del del siglo XVI, y del error que se cometió rechazando la metafísica, base necesaria de toda doctrina filosófica. Los interesantísimos descubrimientos de Copérnico, Galileo, Kepler, Newton, Toricelli y Lavoisier revolucionaron, como es natural, los distintos conceptos científicos, a la par que las matemáticas se construían sobre nuevas bases por Descartes, Newton y Leibnitz.

El trastorno producido en la ciencia antigua no debió de ningún modo llevar aparejado el de la filosofía, pues de la ciencia medieval quedaban aún datos de observación lo bastante sólidos como para servir de punto de apoyo a las doctrinas substanciales de la filosofía. Debió hacerse una debida separación y distinción entre los principios orgánicos fundamentales y generales, y las cuestiones particulares, muchas de ellas pasajeras, aplicables sólo a determinadas ciencias. Y se debió mostrar de un modo claro el carácter perenne de los primeros, renunciando categóricamente a las segundas, cosa que no se hizo. Los aristotélicos se aferraron a sus concepciones del cosmos, como a algo intangible e inmutable, de cuya estabilidad dependía la del mundo entero. Esta intransigencia atrajo naturalmente la burla de los sabios, que hacían responsable a la filosofía escolástica de los extravíos de la ciencia medieval, llegándose con esto a la derrota de la escolástica. El momentáneo descrédito de esta doctrina filosófica se debe más a la falta de hombres capaces de distinguir y discernir entre lo

accidental y puramente superfluo de lo básico y fundamental, y no a las mismas ideas.

Descartes (1596-1650), niega las causas formales, suficientes y finales de Aristóteles, admitiendo únicamente la materia y el movimiento. Más tarde, sin embargo, retomó la doctrina de las causas finales, desarrollando la teoría de las causas ocasionales, que había de sostener principalmente Malebranche.

Francisco Bacon de Verulamio (1561-1626), rechazó la doctrina de la causalidad, aceptando únicamente las leyes que derivan de la inducción.

Gassendi (1592-1655), proclama a su vez que los átomos constituyen el principio de todas las cosas.

Leibnitz (1638-1715), desarrolla la doctrina de la mónada, aconsejando en su vejez el volver a las doctrinas escolásticas.

Newton (1642-1727), aparece como el lazo de unión entre el siglo XVII y el XVIII. Según su parecer, la materia no podía explicarlo todo, debiendo ser movida por distintas fuerzas que llegan a imprimirle una especie de vida propia y distintas cualidades.

Por la misma época, Jorge Ernesto Stahl (1660-1734), proclamaba que el calor animal es un principio esencial.

Antes de pasar al estudio de la obra anátomo-fisiológica de Descartes, vamos a explicar aunque someramente las doctrinas de las escuelas en que estaba dividida la medicina del siglo XVII.

Eran éstas: la hipocrático-galénica, iatro-teosófica, iatro-química, iatro-mecánica y iatro-vitalista.

Al comenzar el siglo XVII, y debido en gran parte a la influencia de los partidarios de Paracelso, Fludd y Van Helmont, se abandonó en gran parte la veneración y obediencia a las enseñanzas y prácticas del padre de la medicina. Sólo algunos médicos más conservadores permanecieron

fieles a sus teorías y trataron por diferentes medios de hacer resurgir el estudio de los grandes maestros. Constituye este grupo el de los *hipocrático-galénicos*.

Sanctorius Sanctorius (1561-1636), fué uno de los que trabajó con más tesón para volver a las teorías de los antiguos. Debemos citar también como formando parte de esta escuela a los siguientes médicos: Ponce de Santa Cruz, partidario especialmente del galenismo, y Stupani, G. Hoffmann, Marinelli y Schellhammer principalmente aristotélicos. Contribuyó también al auge de los estudios clásicos, la publicación por parte de Pené Chartier (1572-1664), de una edición de las obras de Hipócrates y Galeno, considerada como la mejor durante muchísimo tiempo.

Entre los que permaneciendo fieles a las doctrinas antiguas, se inclinaban no obstante en algo a las nuevas teorías, podemos nombrar a Sala de Viena, que trató de despojar de sus errores a las doctrinas de Paracelso; Lavater, que se esforzó en demostrar que los galenistas habían utilizado desde hacía mucho tiempo los remedios químicos, y J. Hartmann, que siendo un paracelsista, explicaba sus teorías de acuerdo a los principios de Galeno.

J. Varandé, Sennert y Lazarus Riviere, partidarios de las antiguas doctrinas, ensayaron su conciliación con los nuevos hechos. Más tarde, Baglivi trató de reconciliar los conceptos hipocrático-galénicos con la química; su obra pertenece al período de transición entre fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII.

Los estudios médicos del siglo XVII tenían cinco objetivos principales: la fisiología, de la que la anatomía constituía una subdivisión; la patología, que comprendía un estudio general de las enfermedades y sus causas; la nosografía; la semiología y la terapéutica en la que se comprendía la dietética, que algunos autores consideraban como una especialidad distinta.

Las enseñanzas de Paracelso, que se remontaban al siglo XVI, forman un conjunto sumamente curioso de las opiniones más encontradas y diversas. A la teoría médica de la especificidad se mezclaban además de las ideas cabalísticas de Cornelio Agrippa, la magia y la astrología, importadas del Oriente. Los discípulos de Paracelso, interesante y discutida figura del siglo XVI, se separaron en dos corrientes completamente distintas. Los unos se aplicaron enteramente al estudio de la química, y los otros se reunieron en una especie de secta cabalística que dió nacimiento a la orden de la Rosa-Cruz.

Durante esta época aparecen tres grandes figuras que ilustran por sí solas todo el siglo XVII, me refiero a Van Helmont, Descartes y Leibnitz.

Juan Bautista Van-Helmont, natural de Bruselas (1577-1644), acepta los tres elementos de la alquimia (azufre, sal y mercurio), pero su inclinación es preferentemente del lado de la química y no de la alquimia. En todas sus doctrinas conserva siempre una sólida base de filosofía cristiana. La idea del *arqueo*, la toma de Paracelso, pero es un *arqueo* completamente diferente y a cada paso en sus escritos se nota una réplica incisiva a su predecesor del siglo XVI. Este fermento o *arqueo*, existe según Van-Helmont en todas las partes del cuerpo, y viene a ser como una *siliqua* en la que estaría incluida el alma sensible. A su vez, rodeada o incluida por ésta, se hallaría el alma inteligente. Todas las acciones de la vida del cuerpo y las mismas enfermedades dependerían del alma sensible, mientras que las acciones del espíritu estarían bajo la inmediata dependencia del alma inteligente. De este modo se encontrarían en el hombre dos elementos dirigentes y estrechamente ligados entre sí. Esta doctrina constituye la base del *duo-dinamismo* que será desarrollado por Descartes y Stahl, y que constituirá más tarde el vitalismo moderno de Barthy.

Leibnitz parece tomar poco del cartesianismo. Se podría decir más bien que es un ecléctico con una vasta cul-

tura escolástica. Estimaba este filósofo que las leyes puramente matemáticas y mecánicas no bastan para explicar lo que parece existir en todas partes, que es a la vez lógico y moral, y que depende por tanto de leyes ético-lógicas. La metafísica es la que gobierna al mundo. La materia y sus movimientos no pueden concebirse sino como fenómenos; los movimientos no son más que las extensiones de una causa indivisible como un punto matemático. Este punto, verdadera substancia primera, compuesto de materia posible y fuerza y al que todos los elementos concretos de la naturaleza deben ser referidos, es la *mónada*.

En esta concepción, el alma es un punto, la *mónada* es el ser humano. Queda por explicar la unión y la relación existente entre el alma y el cuerpo, el espíritu y la materia. Leibnitz dice que esto no puede explicarse sino por una armonía preestablecida. Esta teoría se asemeja bastante a la de la causa ocasional del Cartesismo. Hacia el final de su vida, vuelve Leibnitz a la doctrina de la substancia.

Con los nombres de Van Helmont, Descartes y Leibnitz, se relacionan estrechamente tres de las grandes escuelas médicas del siglo XVII, y que continuaron con ligeras variantes durante los siglos XVIII y XIX; la iatro-química, la iatro-mecánica y la vitalista y animista. (Anteriormente hemos hablado de la escuela hipocrático-galénica.)

Escuela iatro-química.

Francisco de Le Boë Sylvius (1614-1672) es el principal fundador de la escuela iatro-química. Del mismo modo que Paracelso y los químicos del siglo XVI, admite los elementos primeros de todos los cuerpos (sal, azufre y mercurio). Uníales, sin embargo, los fermentos descubiertos por Van Helmont. Todos los fenómenos de la vida, tanto en la salud como en la enfermedad, pueden ser explicados de acuerdo a sus teorías, por los fermentos químicos contenidos en la economía. Las enfermedades son el resultado directo de la

acritud, de la alcalinidad o de la acidez de los humores. Las causas mórbidas aumentan o disminuyen la acidez o la alcalinidad normal, de que derivan los trastornos correspondientes. El fin de la terapéutica es por lo tanto corregir tales trastornos por medio de modificadores especiales.

La escuela iatro-química tuvo muy pronto gran número de adeptos, principalmente en Alemania e Inglaterra, siendo su expansión más lenta en Francia, donde el Cartesianoismo había hecho florecer la escuela iatro-mecánica.

En Italia y en España tuvo aún menos adeptos.

Uno de los más grandes sostenedores y propulsores fué Thomas Willis en Inglaterra, pudiéndose citar también en este país, a William Croone, médico de Londres. En Alemania encontramos a Martín Kerger, Otto Tachenius; y en Francia a Charles Barbeyrac y Minot.

Durante el siglo XVIII el sistema iatro-químico se alía estrechamente con la doctrina iatro-mecánica.

Escuela iatro-mecánica (también iatro-matemática).

El desarrollo de las ciencias matemáticas y físicas fué tan grande en esta época, que necesariamente deberían utilizar sus conocimientos los médicos, para el desarrollo de sus doctrinas. Descartes, Pascal y más tarde Newton, tuvieron tal éxito con sus sistematizaciones filosóficas y científicas, que los médicos se esforzaron en explicar los fenómenos de la vida y de la muerte por las mismas teorías mecánicas.

Descartes había declarado que el alma humana es un simple motor y que los animales son únicamente máquinas, y por lo tanto en los seres vivos, todos los movimientos pueden explicarse por un mecanismo.

Juan Alfonso Borelli (1608-1679), parece haber sido, sin embargo, el primero que aplicó con un fin bastante serio,

las matemáticas y la mecánica a la medicina. Discípulos de Borelli fueron Lorenzo Bellini y J. Sandri.

En Francia, Chirac se esforzaba más o menos por el mismo tiempo en combinar la iatro-mecánica y la química.

Muchos médicos aunque aceptando esta medicina física, química, matemática y mecánica, estimaban que se tenía poco en cuenta el principio más importante, el ser, en sí mismo. Algunos como Pitcairn y Claudio Perrault sostenían la importancia del alma y preparaban de este modo el camino al animismo de Stahl.

Especial importancia tiene en este sentido la obra de Glisson (1597-1677). Decía este autor que era un grave error el considerar (tal como lo hacían los cartesianos) que todo se mueve desde el exterior al interior, pues lo primero procura solamente la ocasión para los deseos y movimientos. Sólo un principio interior puede explicar la actividad propia de los seres y de los cuerpos. Las teorías de Glisson prepararon la reacción vitalista que se iba a producir durante el siglo XVIII.

El movimiento doctrinal del siglo XVII puede ser considerado en general, como una victoria aunque incompleta del Cartesianismo y de la escuela de Bacon. Las nuevas ciencias, tal como lo hemos manifestado más arriba, habían derrotado a la metafísica y la escolástica.

Estas doctrinas triunfaron durante una parte del siglo XVII y XVIII; pero su triunfo, hemos apuntado, no fué completo, pues el vitalismo y la especificidad no se dieron por derrotados. La unión del Baconismo con el Cartesianismo produjo un gran trastorno en el espíritu de los pensadores de esta época, porque ninguna de las dos doctrinas tenía por base una seria doctrina de causalidad, y por tanto, llegaban sólo a un eclecticismo escéptico frente a todas las ciencias, escepticismo de donde saldría el desorden y la confusión.

Descartes y su sistema.

El sistema físico de Descartes se basa en el principio de que la materia y el espacio son idénticos, pues las tres dimensiones, longitud, anchura y espesor que forman la esencia del cuerpo constituyen igualmente la idea del espacio. Ahora bien, siendo el cuerpo, materia, el espacio debe ser lo mismo y por consiguiente en él no existe ningún vacío. (Cartas, p. 24.) Todas las explicaciones que se basan en este vacío son por lo tanto inexactas. Si además, cada cuerpo tiene las tres dimensiones, no deben existir los átomos; pero la materia es divisible al infinito (íd. p. 30).

Esta es la primera y más importante de las diferencias que existen entre los sistemas de Descartes y Gassendi, pues este último, restaurador de la filosofía de Epicuro, admitía los átomos.

Puesto que la esencia del cuerpo no consiste más que en las tres dimensiones, todas las demás propiedades deben ser consideradas como simples modalidades, que no dependen de la esencia sino de condiciones accidentales. Por lo tanto, todo movimiento de un cuerpo es un accidente que tiene por causa no la esencia misma de la materia, sino un choque externo (íd. p. 31, 37).

La naturaleza pasiva de la materia, admitida por Descartes, constituye el fundamento del célebre sistema de las causas ocasionales, por el cual este filósofo pretende explicar la unión del alma con el cuerpo.

Aunque se deba buscar fuera de los cuerpos la causa primera de todos sus movimientos y de todos sus cambios, sin embargo, el físico debe dedicarse especialmente a explicar las causas próximas.

Reemplazar las investigaciones físicas por las de la teleología, es querer, según Descartes, escrutar con una inconveniencia presuntuosa los decretos del Creador, y arrogarse ridículamente una parte activa en la regularización

del mundo. Por lo tanto, el filósofo rechazaba completamente las causas finales de los escolásticos, y recomendaba dedicarse al estudio de la forma y de la mezcla de la materia que contienen la razón próxima y suficiente de todas las acciones que esta última ejercita (Cartas. P. I. p. 7). Como consecuencia de este principio ensayaba explicar los diferentes cambios de los cuerpos por la densidad de las formas y de la mezcla de la materia.

Se figuraba por tanto a la materia primera de la que está formado todo el Universo, como el resultado de un conjunto de cuerpos reales, que siempre en movimiento y frotándose unos con otros habían adoptado dos formas y dos grosores diferentes.

Los más voluminosos deberían ser esféricos, porque el frotamiento continuo ha redondeado sus ángulos y estos mismos ángulos arrancados de las masas globulosas constituyen la primera clase de los cuerpos elementales, llenando los intervalos de los cuerpos esféricos alrededor de los cuales se mueven sin cesar formando remolinos (teoría de los vortex).

Existen por lo tanto dos clases de elementos. Los esféricos son de mayor tamaño que los que provienen de las moléculas que les han sido arrancadas; pueden dividirse al infinito, y no entran en el movimiento de los remolinos y sólo se desplazan de acuerdo a direcciones determinadas y constantes (p. 63, 70).

Esta hipótesis, de la diferencia de conformación entre los átomos primitivos, era aplicada a todo por Descartes, pues en ella veía la solución de muchos problemas. De este modo, por ejemplo, los cuerpos terrestres están compuestos de tres clases de átomos que varían por su forma: unos son ramificados, otros angulosos y colocados entre los precedentes y los últimos, rectos e indivisibles. (P. IV. p. 109.)

Según que estos átomos diversamente configurados se muevan en distinta forma, o estén más o menos separados, resultan ciertos efectos determinados.

No es necesario insistir más sobre la física de Descartes para conocer sus teorías fisiológicas.

Creía probar irremediablemente la inmaterialidad del alma admitiendo que todos los movimientos del cuerpo tienen su causa primitiva en el alma, y atribuyendo los cambios corporales a las causas próximas que residen en la forma y en la mezcla de la materia; pero estableciendo sin embargo entre estos cambios materiales y el alma misma, la misma diferencia que existe entre un reloj y el obrero que lo ha fabricado (Cartas., De Homine, p. 116).

Gassendi le objetó de que si el alma reside principalmente en la cabeza no podría actuar del mismo modo sobre todas las partes del cuerpo. Descartes no dió una respuesta satisfactoria a este argumento, lo que por lo demás, le hubiera sido sumamente fácil, diciendo que se limitaba a colocar en la cabeza la principal actividad del alma, en la que las demás partes participan igualmente. El alma, de acuerdo a su sistema, asienta principalmente en la glándula pineal, por tratarse de un cuerpo impar, único, estar situada en el espacio que separa los tubérculos cuadrigéminos, y poder por lo tanto recibir los espíritus vitales de estos últimos.

Huet responde que la glándula pineal no es la única parte impar del cerebro, puesto que el cuerpo calloso y la glándula pituitaria son igualmente únicos. Además esta glándula está muchas veces llena de piedras, de modo que las funciones del alma no pueden ejecutarse sin dificultad, destruyéndose también con suma frecuencia durante las enfermedades.

Descartes, no obstante estos ataques por parte de Gassendi y Huet, perseveró en su opinión, disecando con este

fin gran número de animales para determinar con más exactitud la estructura de un órgano tan importante.

Descartes es esencialmente intuitivo, inventando mecanismos fácilmente comprensibles, para explicar con su auxilio los hechos de la vida orgánica.

«Admito que el Cuerpo no es otra cosa que una estatua o máquina de Tierra, que Dios forma expresamente para hacerla lo más semejante a nosotros en lo que es posible: De suerte que no solamente le da por fuera el color y la figura de todos nuestros miembros, sino que le pone por dentro todas las piezas que se requieren para que marche, coma, respire, y finalmente para que imite todas aquellas de nuestras funciones que se pueden imaginar como procedentes de la materia, y no depender sino de la disposición de los órganos.» (L'Homme, etc. Paris, 1664, p. 1.)

Las funciones animales o las sensaciones son el resultado de movimientos que las impresiones exteriores producen en los nervios de los sentidos, y que se propagan hasta la glándula pineal, punto central del cerebro. Entra ésta entonces en vibración y ejecuta movimientos que son ampliamente favorecidos por el pedículo sobre el que está implantada. Descartes suponía que en estos movimientos existe una distinta afinidad, sirviéndole esto para explicar la multitud de sensaciones e ideas. Las oscilaciones de la glándula se comunican a los ventrículos y a los espíritus vitales que en ellos se encuentran; resultando de esto, en las fibras del encéfalo, marcas e impresiones que son de naturaleza enteramente material. (L'Homme. p. 112, 113.)

Descartes trataba de hacer más clara esta explicación por medio de figuras. De este modo, explicaba los recuerdos por la renovación de los trazos materiales o por el restablecimiento de pliegues, o por la desobstrucción de los canales del cerebro sobre los que los movimientos de la glándula pineal habrían actuado anteriormente.

Aunque las sensaciones debieran ser explicadas por los movimientos de las partes del cerebro, Descartes distinguía sin embargo con mucho cuidado las dos funciones del cuerpo animal. Efectivamente, las sensaciones se operan en virtud de vibraciones de las fibras interiores de los nervios, y los movimientos se deben a la influencia de los espíritus vitales sobre los músculos por intermedio de la substancia medular de los nervios. En otro punto dice que la sensación difiere del movimiento tanto como el negro del blanco.

Para explicar las ideas infinitamente diversas de la imaginación, Descartes creía sólo necesario tener en cuenta la mezcla de los humores y la distancia que separa la imagen de la glándula pineal.

Explicaba el sueño por la conexión de canales, poros y cavidades del cerebro que no son llenados por completo cuando los espíritus vitales no se segregan en cantidad suficiente. (L'Homme. p. 103.)

Explicaba también las pasiones por la diversidad de los espíritus o su mayor o menor abundancia. «Pues si estos espíritus son más abundantes que lo habitual, excitarán (en el Alma) movimientos semejantes a los que atestiguan en nosotros *la bondad, la liberalidad y el amor*: Y semejantes a los que producen en nosotros *la constancia y la temeridad*, si sus partes son más grandes y más gruesas; y *confianza*, si además de esto son iguales en su figura, en fuerza y en grosor; *prontitud, diligencia y deseo*, si están más agitados; y *tranquilidad de espíritu*, si son más iguales en su agitación. Por el contrario estos mismos Espíritus pueden excitar movimientos semejantes a los que producen en nosotros *la malignidad, la timidez, la inconstancia, la lentitud y la inquietud*, si estas mismas cualidades les faltan.»

«Y sabed que todos los otros humores o inclinaciones naturales dependen de ellos; como el *humor alegre* está compuesto de la prontitud y de la tranquilidad de espíritu; ha-

ciéndolo más perfecto la bondad y la confianza. El *humor triste* está compuesto de la lentitud y de la inquietud, que puede ser aumentado por la malignidad y la timidez. El *humor colérico* está compuesto de la prontitud y de la inquietud, y la malignidad y la confianza lo fortifican. Finalmente, como acabo de decirlo, la liberalidad, la bondad y el amor dependen de la abundancia de los Espíritus, formando en nosotros ese humor que nos hace complacientes y bienhechores para con todos. La curiosidad y los otros deseos dependen de la agitación de sus partes; y así los otros.» (L'Homme. p. 59.)

Con el fin de aclarar el modo con que se cumplen las otras funciones del cuerpo, tuvo que unir a su teoría de los *vortex* (torbellinos) la doctrina de los fermentos de Van Helmont.

Descartes fué uno de los más ardientes defensores de la circulación de la sangre, considerando como causa de ella la efervescencia o fermentación que ésta experimenta en el corazón por efecto del alto grado de calor animal. Comparaba el calor que resulta de esta fermentación con el que se desarrolla cuando se vierte un ácido mineral sobre el hierro, y le daba positivamente el nombre de *fuego*. La causa de esta fermentación reside por lo demás en el éter, materia sutil, que proviene de los elementos de primer orden y que Descartes parece haber substituído al gas de Van Helmont.

Continuando su marcha por las arterias, la sangre, cuya fermentación no cesa un solo instante, se hace de más en más tenue y expansible, de modo que finalmente llega a asemejarse algo con la naturaleza de los espíritus vitales (L'Homme). Descartes adoptó la teoría de Harvey en el año 1637, en una carta escrita a Juan de Béverwyk (sirviéndose de los torbellinos o *vortex*). Las pulsaciones de las arterias resultan de esta misma efervescencia.

Swammerdam publicó en 1667 una teoría sobre la respiración, atribuyendo la penetración del aire en los pulmones al espesamiento que experimentaba la atmósfera que rodea al tórax por efecto de la dilatación de esta cavidad y la presión que ejerce sobre las capas de aire más cercanas a la boca. Esta teoría era conocida con el nombre de *círculo cartesiano*, y había sido expuesta por primera vez por Descartes, y apoyada con algunos argumentos por Hoghelande y el mismo Swammerdam. (L'Homme, p. 122.)

La digestión se efectúa del mismo modo, en virtud de una fermentación durante la cual se desarrolla un ácido tan acre que se puede comparar al agua fuerte. El hambre debe ser atribuida en gran parte a la acción de este ácido sobre las fibras nerviosas de las tunicas del estómago.

Aunque fuese natural aplicar los fermentos para la explicación de las secreciones, Descartes exponía por el contrario la teoría de acuerdo a los principios de la física de Demócrito, es decir, por la relación existente entre el grosor y el tamaño de las moléculas de los humores y los poros de los órganos encargados de cumplir la función. Comparaba estos órganos a cribas que dejan pasar las partículas desleídas y similares, pero que retienen las partes gruesas y heterogéneas. Las moléculas redondas penetran por consiguiente en los canales circulares; las piramidales en los tubos triangulares, las cúbicas en los canales cuadrados, y de este modo cada secreción conserva su estado natural siempre que las partículas convenientes atraviesen los poros que les están destinados. En cuanto a la estructura y funciones del cerebro, hemos dicho anteriormente que Descartes colocaba el alma en la glándula pineal y creía que el cerebro era de estructura tubular.

Se deben a este filósofo múltiple, importantes observaciones sobre la refracción que los rayos luminosos experimentan en el ojo y sobre la teoría de la visión. Este filósofo comparaba el ojo con una cámara obscura (Dióptrica, p.

63), y posiblemente es el que ha dado la primera explicación de los cambios interiores que tienen lugar durante la visión y que son debidos a la contracción o relajación del cristalino, es decir, a las variaciones de forma que esta lente experimenta. Decía expresamente que el cristalino actúa a la manera de un músculo. Explicaba también cómo se discernen los objetos simples aunque su imagen se pinte en cada uno de los ojos, y comparaba la visión al tacto para darse cuenta de la causa que hace que no se vean los cuerpos que nos rodean en una posición invertida. En general, las ingeniosas hipótesis de Descartes tuvieron la gran ventaja de hacer perder la costumbre de admitir cualidades ocultas por las que nada se podía explicar, dirigiendo la atención hacia el mecanismo y estructura de las partes del cuerpo.

Se concibe igualmente que el deseo de confirmarlas por la experiencia, hizo extender el uso del microscopio, abriéndose de este modo el camino para importantes investigaciones.

Por otra parte, hay que convenir que la teoría de Descartes aplastaba el espíritu de observación y contribuía de este modo a sostener la idea errónea de que el cálculo del movimiento de los átomos puede hacer adquirir a la medicina una certeza verdaderamente matemática.

Los primeros partidarios de su sistema aparecen en Holanda, donde Descartes pasó gran parte de su vida, siendo en la Universidad de Utrecht donde aparecieron más adeptos.

Entre éstos, podemos citar a Enrique Renerius, amigo íntimo de Descartes, y a Cornelio de Hoghelande.

La filosofía de Descartes encontró también algunos partidarios en Francia, especialmente desde que en 1651, Pedro Michon (abate Bourdelot) estableció una academia cartesiana, que subsistió hasta la muerte de su creador, acaecida en 1685.

En Italia se dispensó también una acogida favorable a las teorías de Descartes. Thomas Corneille de Cosenza, profesor en Nápoles, fué uno de sus primeros defensores.

Los Países Bajos continuaron siendo sin embargo la patria de la filosofía cartesiana. Casi todos los profesores de la Universidad habían admitido los fermentos de Van Helmont y los vortex de Descartes, como artículos de fe, y hasta se hicieron experiencias costosas para demostrar la exactitud de estos razonamientos.

A pesar de todas las inexactitudes y hasta algunas sumamente criticables, como la de colocar el asiento del alma en la glándula pineal, la obra de Descartes en muchos de sus puntos no ha sufrido la influencia destructora del tiempo, pudiéndosele considerar como el creador de la psicofisiología.



J O S E L U I S M O L I N A R I